

“VII. ¿Nuestros dioses han muerto? Confrontación entre franciscanos y sabios indígenas”

[parte I]

p. 11-30

Miguel León-Portilla

Obras de Miguel León-Portilla

T2Y2 V. Literaturas indígenas

Ø 2. *Creación literaria náhuatl: del periodo colonial a la nueva palabra*

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas/El Colegio Nacional

2008

344 p.

ISBN 968-36-9538-8 (obra completa)

ISBN 978-970-640-373-5 (tomo V, volumen 2, pasta dura)

ISBN 978-970-640-375-9 (tomo V, volumen 2, rústica)

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de junio de 2020

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras_leon_portilla/544.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



VII. ¿NUESTROS DIOSES HAN MUERTO? CONFRONTACIÓN ENTRE FRANCISCANOS Y SABIOS INDÍGENAS*

FRAY BERNARDINO DE SAHAGÚN

ESTUDIO INTRODUCTORIO

Cuando pueblos de culturas diferentes entran en contacto —de modo pacífico o violento—, y sobre todo en cuanto un grupo se enseñorea de otro, sus distintas visiones del mundo, diversas formas de pensar y creer, con gran frecuencia generan confrontaciones, conflictos y persecuciones. Al producirse la penetración europea en África, Asia y el Nuevo Mundo, además de ocurrir enfrentamientos y conquistas, prevaleció casi siempre en los vencedores la idea de que era necesario erradicar las creencias de los sojuzgados, tenidas por idolátricas e inspiradas por el demonio.

Dolióse de múltiples maneras, por lo que toca a los indígenas americanos, fray Bartolomé de las Casas —conciencia admirable de los hechos de la nación española en el Nuevo Mundo— no ya sólo de la que llamó *Destrucción de las Indias* sino también de los procedimientos de imposición religiosa que, según escribió, más se asemejaban a los adoptados por los belicosos seguidores de la ley de Mahoma. Para él, “el único modo de conversión” suponía un lento camino de diálogo, coloquio y pacífica confrontación, invitando y atrayendo, “como la lluvia y la nieve bajan del cielo, no violenta, no repentinamente, con suavidad y blandura”.¹

Innumerables son los casos referidos por crónicas e historias en los que religión y visión del mundo se impusieron con mínimos o ningunos preámbulos en la comunidad de los vencidos. “Idolatrías, supersticiones, ritos diabólicos y toda suerte de costumbres y creencias gentílicas”

*Edición, introducción, versión del náhuatl y notas de Miguel León-Portilla, México, UNAM, 1985.

¹ Fray Bartolomé de las Casas, *Del único modo de atraer a todas las gentes a la religión de Cristo*, advertencia y edición de Agustín Millares Carlo, introducción de Lewis H. Hanke, México, Fondo de Cultura Económica, 1942, p. 45.

fueron perseguidos con celo tan ferviente como inhumano. Pocas, muy pocas, en cambio, son las situaciones que pueden documentarse de diálogos o “coloquios” entre quienes se ostentan como depositarios, por una parte, de las creencias y del saber de los vencedores y, por otra, de los conocimientos y tradición de los vencidos.

Obvio es el interés de este género de testimonios, sea cual fuere su origen y —con las salvedades críticas del caso— aun cuando las confrontaciones, alegatos y posibles refutaciones, hayan sido objeto de transcripción por individuos del grupo de los vencedores. Todavía en los tiempos nuestros contemporáneos la discusión pacífica, en un plano de igualdad y de respeto mutuo, no es realidad frecuente. Por ello, acercarse a antiguos diálogos o coloquios de esta índole resulta lección viva de atractivo excepcional.

Aquí se ofrece la traducción que he preparado del testimonio en náhuatl del llamado *Libro de los Colloquios* que tuvieron sobre sus respectivas creencias los doce primeros franciscanos llegados a México en 1524 y algunos *tlamatinime*, sabios indígenas sobrevivientes a la Conquista.² El propósito de estas páginas de introducción es facilitar el acercamiento a este testimonio, elaborado, según veremos, aprovechando viejos “papeles y memorias”, por el gran escudriñador de la cultura del México antiguo, fray Bernardino de Sahagún (1499-1590). En su tarea estuvo auxiliado por “cuatro viejos muy pláticos (de adecuada plática o expresión) y entendidos, así en su lengua, como en todas sus antigüedades”,³ y también por otros jóvenes, cuyos nombres conservó, asimismo indígenas. De esta suerte —conviene ya subrayarlo— a diferencia de otros testimonios acerca de diálogos y confrontaciones religiosas, en las que fue el miembro de la cultura prepotente quien únicamente puso por escrito lo que se había discutido, en este caso fraile español y sabios y estudiantes indígenas acometieron juntos la reconstrucción de los dramáticos “coloquios” en que se enfrentaron dos muy diferentes modos de entender la existencia.

Ahora bien, para valorar mejor el testimonio que aquí se reproduce, me parece oportuno recordar antes otros dos casos, hasta cierto punto semejantes, de confrontaciones con diálogos y alegatos, de los que se

² Hace algún tiempo publiqué una edición facsimilar y una transcripción del texto náhuatl de esta obra: *Colloquios y Doctrina christiana*, México, UNAM y Fundación de Investigaciones Sociales, 1986.

³ *Colloquios y Doctrina christiana*, f. 27v. Allí se refiere Sahagún expresamente a sus colaboradores, entre ellos, “cuatro viejos muy pláticos [expertos], entendidos así en su lengua como en todas sus antigüedades [...]”.

conocen asimismo las circunstancias en que se produjeron, por cierto de rumbos muy alejados entre sí. La elaboración de estos otros testimonios se debió exclusivamente a los interlocutores de origen europeo.

Discusiones cristiano-gentílicas: Japón, 1551

En dos cartas, escritas por los misioneros jesuitas Cosme de Torres y Juan Fernández, se conserva el testimonio de las “disputas” que en 1551 sostuvieron ellos en Yamaguchi, Japón, con varios sabios, principalmente de filiación filosófico-religiosa zen budista. Las confrontaciones tuvieron lugar en un plano de igualdad, entre otras cosas debido a que los jesuitas, aunque se consideraban a sí mismos depositarios de la verdad absoluta, no actuaron apoyados por la fuerza de un estado que hubiera conquistado al Japón. El padre Cosme de Torres que, por cierto, antes de viajar al Japón había residido algunos años en México, hizo en su carta el registro de los temas más sutiles que debatió él con los zen budistas.⁴ Entre otras cosas se plantearon cuestiones sobre la posible supervivencia del alma después de la muerte, un retorno a su sitio de origen o una eventual transmigración. El tema de Dios fue asimismo asunto de alegatos: ¿Cómo podemos conocerlo? ¿Cómo es? ¿Dónde está? ¿Cómo se comporta?

A su vez Juan Fernández consignó otros pormenores de las discusiones: los sabios japoneses sostuvieron que todo tiene su origen en los elementos y principios primordiales y a ellos retorna a la postre. El principio último no es bueno ni malo. El tema del Demonio aguijoneó también el pensamiento de los japoneses: ¿Cómo era posible que un Dios bueno mantuviera la existencia de un ser perverso como el diablo? Y, además, ¿por qué ese Dios bueno había tardado tanto en manifestarse a los japoneses?⁵ Los jesuitas esbozaron en sus cartas las respuestas que dieron a los zen budistas. En varios casos les fue forzoso apelar a argumentos teológicos, válidos obviamente para ellos en su carácter de creyentes pero de muy dudosa aceptación para quienes se les mostraron como de sutiles ingenios y aferrados a sus “idolátricas” creencias.

Nada tiene de extraño que el padre Torres en su carta manifieste a sus hermanos de la misma orden jesuítica, a los que dirige su misiva

⁴ Georg Schurhammer, S. J., *Die disputationem des P. Cosme de Torres mit den Budisten in Yamaguchi*, Tokio, 1929, p. 96-97.

⁵ *Ibid.*, p. 99 y ss.

que, para convertir a los japoneses al cristianismo, será menester contar con el auxilio de misioneros bien probados y capaces de argumentar con sólidas razones. En fin de cuentas reconoce que los que llama “japones” merecen no poco respeto:

Estos japones son más aparejados para que en ellos se plante nuestra fe, que todas las gentes del mundo. Son discretos cuanto se puede pensar. Gobiérnanse por razón tanto o más que los españoles. Son curiosos más que cuantas gentes yo he conocido. En platicar de qué manera salvarán sus almas, le servirán a quien los crió. En todo lo descubierto, no hay hombres de su manera.⁶

De hecho, a través sobre todo del escrito del padre Juan Fernández es posible enterarse no ya sólo de las cuestiones planteadas por los sacerdotes y sabios japoneses, sino también de las sutiles respuestas que dieron a las preguntas formuladas por los jesuitas. Éstas abarcaron asuntos como los siguientes: si hay o no un principio de todas las cosas; cuál es la diferencia entre los hombres y las bestias; en qué consiste la supervivencia más allá de la muerte. Como puede verse, los referidos diálogos son a todas luces dignos de atención desde la perspectiva del encuentro y confrontación de dos mundos de cultura tan diferentes.

Diálogos entre un capuchino francés y varios sabios tupiguaraníes, Brasil, 1613

Debemos al padre Ives D'Evreux, de la orden capuchina, la obra *Viaje al norte del Brasil*, hecha en los años de 1613 a 1614, por largo tiempo inédita, y en la que incluye los diálogos que él sostuvo con los sabios indígenas Pacamao, Tapuytaperá, Iacupen y otros del país de los tupinambás, Brasil, en 1613. Como muestra de estos textos, merecedores de especial atención, citaré algunas de las cuestiones que en su segunda conversación planteó Pacamao al padre D'Evreux.

Al contemplar el crucifijo que le mostraba el misionero, Pacamao, preguntó: “¿Quién es este muerto, tan bien hecho y tan bien extendido en este palo cruzado?” El capuchino le respondió que “representaba al Hijo de Dios, hecho hombre en el vientre de la Virgen, clavado por sus enemigos sobre ese madero [...]”.⁷

⁶ *Ibid.*, p. 97

⁷ Ives D'Evreux, *Viagem ao norte do Brasil*, tradução de Dr. César Augusto Márquez, Rio de Janeiro, Freitas Pastos e Cia., 1929, p. 337.

Considerando el sabio indígena que ese Hijo de Dios era precisamente alguien muy semejante si no es que el mismo *Tupan* que él adoraba, no pudo reprimir su disgusto y admiración ante la respuesta del padre D'Evreux: "¿Cómo *Tupan*? ¿Es posible que Dios muera?". El misionero tuvo esta vez que entrar en varios puntos más complicados. Admitió que "Dios siempre vive, desde la eternidad [...]" y que "el que falleció fue solamente el cuerpo [...]". Y añadió que ello se debió a que así Dios venció a *Jeropay*, ser maligno o dios enemigo de acuerdo con las creencias de los tupinambás, grupo al que pertenecía el sabio Pacamao. Y como el capuchino sostuviera que ese *Jeropay* había dominado por largo tiempo a los seres humanos y lo seguía haciendo con los tupinambás, dos nuevas preguntas surgieron de inmediato: "¿Por qué (siendo Dios tan poderoso) ese otro ser había de dominar a los hombres?"⁸ Y, además, ¿por qué se necesitaron la muerte y la sangre de Dios para lavar y liberar a los hombres? Y, como remate, siendo tantos los humanos, ¿cómo iba a correr tanta sangre de un solo ser para lavarlos a todos?

El capuchino consigna en este punto que su respuesta a Pacamao fue: "Eres todavía muy obtuso para comprender estos misterios".⁹ Y en seguida recuerda que el indígena le contestó (quizá sin que D'Evreux se percatara de una posible ironía) lo siguiente: "Tú y los otros padres sabéis grandes cosas, sois más sabios que nosotros [...]"¹⁰.

Lo hasta aquí citado deja ver el interés de esta conversación de la que, en su obra, el capuchino francés conservó el recuerdo. Él, como antes los jesuitas Cosme de Torres y Juan Fernández, pensó también que valía la pena dar a conocer lo que idólatras tupinambás o japoneses expresaron sobre sus creencias, a veces con sentido "obtusos" y otras con "sutil ingenio", pero "siempre desde las tinieblas en que el Demonio los mantenía cautivos [...]".

El testimonio de "los coloquios" que aquí se publican

He insinuado que, de estos diálogos y disputas sobre religión, éste, en su tardía reconstrucción arquetípica, que tuvo lugar en México-Tenochtitlan en 1524, es probablemente el de mayor interés. Por un lado es el más antiguo en esta serie (México, 1524; Japón, 1551 y Brasil, 1613).

⁸ *Loc. cit.*

⁹ D'Evreux, *op. cit.*, p. 338.

¹⁰ *Ibid.*, p. 340.

Por otro, el testimonio nos llega no sólo en lengua de los vencedores sino también en náhuatl. Además en la transcripción participaron un fraile humanista, cuatro viejos sabios y otros estudiantes indígenas.

Para proceder con orden en nuestro acercamiento a este testimonio me fijaré en los siguientes puntos:

1. ¿Cuándo y cómo (en el contexto de su empresa de investigación) fray Bernardino de Sahagún y sus colaboradores indígenas transcribieron el texto del *Libro de los Colloquios*?
2. Estructura y contenido del manuscrito.
3. ¿Es éste un testimonio fidedigno de los diálogos o una mera “re-invencción”, consecuencia de los criterios aplicados por Sahagún?

CUÁNDO Y CÓMO SAHAGÚN Y SUS COLABORADORES INDÍGENAS TRANSCRIBIERON ESTE TEXTO

Gracias a lo que refieren otros cronistas, como fray Gerónimo de Mendieta, consta que “luego como llegaron a México” (1524) los doce célebres franciscanos, entablaron éstos, por la “lengua de Gerónimo de Aguilar [y la Malinche] ó de otro intérprete de Cortés” (ya estaba, entre otros, Pedro de Gante), pláticas con los señores y caciques, dándoles cuenta de su venida.¹¹ Y nota asimismo Mendieta que sabía él que “fray Bernardino de Sahagún [...] trabajó en esta obra de la conversión y doctrina de los indios más de sesenta años, [y que] dejó entre otros sus escritos, ciertas pláticas [...]”.¹²

Fray Bernardino, que había nacido en la villa de la que tomó su apellido, Sahagún, en el antiguo reino de León, en 1499, que había estudiado en la Universidad de Salamanca, llegó con otros franciscanos a la Nueva España en 1529. Su vida transcurrió luego en la región central de México (conventos de San Francisco, Santiago Tlatelolco, Tepepulco, Xochimilco, Tlalmanalco y otros), hasta que, agotado su cuerpo por largos trabajos como misionero e investigador, pero llena de vida y sabiduría su alma, murió en San Francisco de México, en 1590.

Los escritos de estas “pláticas”, mencionados por Gerónimo de Mendieta, quedaron puestos en limpio y con buena letra en el Colegio

¹¹ Cf. Gerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, la publica por primera vez Joaquín García Icazbalceta, México, 1870, p. 213.

¹² *Ibid.*, p. 663.

de Santa Cruz de Tlatelolco en 1564. El propio fray Bernardino explica cómo procedió, de qué documentos se valió y quiénes colaboraron con él en esa transcripción. Antes, sin embargo, de atender a lo que él mismo consignó en torno a estos *Colloquios*, parece necesario situar su aportación o rescate de los mismos en el contexto mucho más amplio de lo que fueron sus pesquisas sobre la cultura de los antiguos mexicanos.

El marco general de las investigaciones de Sahagún

Resumiendo aquí lo que modernos estudiosos de la obra sahumense (W. Jiménez Moreno, Ángel Ma. Garibay K., Luis Nicolau D'Olwer, Howard Cline, Manuel Ballesteros Gaibrois, Charles E. Dibble, Arthur J. O. Anderson, José Luis Martínez y quien esto escribe)¹³ han logrado precisar, puede presentarse la siguiente secuencia en los procesos de investigación y redacción de fray Bernardino.

De 1529 a 1547 actuó como misionero y perfeccionó su conocimiento del náhuatl hasta sobresalir como uno de los principales “padres lengua”. Trabajó además como profesor en el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, desde su fundación en 1536. Tuvo allí discípulos indígenas que más tarde colaborarían con él. Conoció también allí las investigaciones y textos en náhuatl que había recogido fray Andrés de Olmos.¹⁴

Como él mismo lo notó, escribiendo en 1577, hacía entonces treinta años que había comenzado sus pesquisas dirigidas a conocer con la máxima profundidad la cultura prehispánica de los pueblos nahuas.¹⁵ Estando en 1547 en el convento de Tepepulco, se entrevistó repetidas veces con sabios indígenas que le mostraron viejos libros (códices) y le

¹³ Son muchas las aportaciones modernas sobre la vida y obra de fray Bernardino de Sahagún. En la biografía que he publicado de él, *Bernardino de Sahagún, pionero de la antropología* (México, UNAM y El Colegio Nacional, 1999, p. 222-247), registro las principales.

¹⁴ Sobre lo que fue la aportación de fray Andrés de Olmos puede consultarse: Ángel María Garibay K., *Historia de la literatura náhuatl*, t. 2, México, Porrúa, 1953-1954, p. 28-36.

¹⁵ Al final del libro VI, en el *Códice Florentino*, se lee la siguiente anotación respecto de la fecha en que reunió fray Bernardino el conjunto de los huehuehtlahtolli: “Fue traducido en lengua española [la suma de estas antiguas palabras] por el dicho padre fray Bernardino de Sahagún, después de treinta años que se escribió en la lengua mexicana, este año de mil y quinientos y setenta y siete, *Códice Florentino*, libro VI, p. 215v.

Aunque inexplicablemente, algunos como Nicolau D'Olwer no toman en cuenta esta fecha al hablar del inicio de los trabajos de fray Bernardino. Garibay la registra y añade además que en ese mismo año de 1547 “un provincial le manda que haga la obra”, *Historia de la literatura náhuatl*, t. 2, p. 66.

permitieron transcribir muestras de su “Antigua palabra”, *Huehuetlahtolli*. De esa primera pesquisa obtuvo un gran conjunto de textos: oraciones, discursos, consejos de los padres a sus hijos..., de valor inapreciable.

Según parece, entre 1545 y 1551, sus indagaciones lo llevaron a compilar otros materiales asimismo de enorme interés: los testimonios nahuas acerca de la Conquista, “la visión de los vencidos”.¹⁶

La empresa se amplió luego. Con un criterio, paradigma para quienes más tarde harían profesión de antropólogos, se propuso indagar, por medio de informantes indígenas y auxiliado por sus antiguos estudiantes, a los que da crédito, registrando sus nombres. Los focos de su atención fueron: las cosas naturales, las humanas y las divinas... Así ha podido reconstruirse un primer esquema de sus investigaciones, el plan que concibió en Tepapulco hacia 1558. Pronto comenzó a recopilar otros muchos textos en náhuatl, además de los ya reunidos, los *Huehuetlahtolli*, “Antigua palabra” y los tocantes a la “Visión de los vencidos”. A medida que avanzaba en sus investigaciones alteró su esquema original para volverlo más estructurado y más completo. Fue de hecho la década de 1561-1570 en la que allegó la documentación más amplia, toda ella en náhuatl, sobre los más variados aspectos de la cultura prehispánica, incluyendo pinturas y textos sobre atributos de los dioses, oraciones e himnos, descripciones de las fiestas y sacrificios en función del calendario, saber astrológico y astronómico, organización social y política, comercio, plantas, animales, distintas naciones de Anáhuac, antiguas crónicas, partes del cuerpo, medicina, educación, agricultura, alimentación...¹⁷

Hacia 1569 Sahagún había distribuido sus textos nahuas en doce libros.¹⁸ El resto de su vida lo dedicó a revisar, corregir, completar sus manuscritos, guiar a sus discípulos indígenas hacia nuevas empresas

¹⁶ Respecto de los textos que reunió Sahagún con la “visión de los vencidos” acerca de la Conquista, tanto Luis Leal y Arthur J. O. Anderson, consideran que los primeros textos sobre esta materia datan de fines de la década de los cuarenta o a más tardar de 1551. Véase Luis Leal, “El libro XII de Sahagún”, *Historia Mexicana*, v. V, n. 2, octubre-diciembre, 1955, p. 186-187; Arthur J. O. Anderson, “Sahagún: Career and Character”; *op. cit.*, p. 34.

¹⁷ Para la descripción del contenido de la *Historia*, véase el artículo de Charles E. Dibble, “Sahagún’s Historia”, en *Florentine Codex*, Introductions and Indices, *op. cit.*, p. 9-23.

¹⁸ En lo que toca a las varias formas de planes y organización que dio Sahagún a su obra, así como al estado de la misma hacia 1569, véase Howard F. Cline, “Bernardino de Sahagún, 1499-1590”, *Handbook of Middle American Indians*, v. 13, p. 190-197.

que acometerían ellos por sí mismos y a escribir, sobre la base de sus fuentes en náhuatl, la obra más personal suya en castellano, la *Historia general de las cosas de Nueva España*.¹⁹

Justamente al tiempo en que llevaba ya bastante adelantada su recopilación de textos en náhuatl y el ordenamiento de ellos en libros, es decir hacia 1564, fue cuando llegaron a sus manos los que él describe como “papeles y memorias”, no escritos “en lengua mexicana bien congrua y limada”,²⁰ sino probablemente a modo de apuntes o borradores. En tales papeles y memorias —si damos fe a Sahagún— se conservaban los testimonios de estos *Colloquios* que en 1524 sostuvieron frailes y sabios nahuas.

Proceder de Sahagún con los “papeles y memorias”

Lo que encontró nuestro fraile, en el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco (probablemente en su biblioteca, aunque él no lo precisa),²¹ fueron unos apuntes en náhuatl más o menos tosco, dejados allí de tiempo atrás por alguno de los que habían participado en esos diálogos. Sahagún había conocido además a casi todos los doce primeros frailes venidos en 1524, ya que él había llegado a México tan sólo cinco años más tarde. Como cosa cierta puede tenerse que de ellos escuchara relatos y memorias sobre lo que les había acontecido desde que pusieron pie en México. Obviamente —como inicio en los intentos de evangelización— las dichas pláticas se recordarían de modo muy particular.

Por otra parte, junto con los textos en que aparecían dialogando frailes y sabios indígenas, incluían los papeles hallados una “doctrina cristiana”, también en lengua náhuatl. Dicha doctrina se asemejaba a otras, incluso a algunas que se habían publicado ya, como la dispuesta por fray Alonso de Molina en 1546.²² A Sahagún, que tan interesado estaba en

¹⁹ Sobre la elaboración del trabajo más amplio que fue el *Códice Florentino*, véase Cline, *op. cit.*, t. 13, p. 196-198.

²⁰ Recuerda esto fray Bernardino en el f. 27v del manuscrito de los *Colloquios*.

²¹ Acerca de la biblioteca del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, incluyendo la reconstrucción de su catálogo, véase el trabajo de Miguel Mathes, *Santa Cruz de Tlatelolco: la primera biblioteca académica de las Américas*, presentación de Miguel León-Portilla, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1982.

²² *Doctrina Xpina breve traduzida en lengua mexicana, por el pe. Fray Alonso de Molina de la Orden de los menores, y examinada por el Rdo. pe. Joan González canónigo de la ygl'ia Cathedral de la ciudad de México por mandado del Rm. Sr. don fray Joa de Zumárraga, Obpo. de dha. ciudad, el qual la hizo imprimir en el año de 1546.*

ahondar en la comprensión del pensamiento y cultura indígenas, debieron atraerle sobremanera esos viejos papeles y memorias.

Lo que entonces realizó, sucintamente él mismo lo refiere. Su propósito fue ordenar y poner “en lengua mexicana bien congrua y pulida” dicho texto:

[...] la qual se boluió y limó en este Colegio de Santa Cruz del Tlatilulco este sobredicho año [1564] con los colegiales más habiles y entendidos en lengua mexicana y en la lengua latina que hasta agora se an en el dicho colegio criado; de los quales uno se llama Antonio Valeriano, vezino de Azcapuçalco, otro Alonso Vegerano, vezino de Quauhtitlán, otro Martín Iacobita, vezino deste Tlatilulco y Andrés Leonardo, también de Tlatilulco. Limóse asimismo con quattros viejos muy pláticos, entendidos así en su lengua como en todas sus antigüedades.²³

De modo particular en el texto en náhuatl salta a la vista que las expresiones empleadas por los sabios indígenas a lo largo de sus alegatos están estructuradas en el mejor estilo de la lengua clásica y revelan puntualmente aspectos de lo que, por otras fuentes, sabemos era el pensamiento religioso prehispánico. Sin género de duda confirma esto que en el “limar” la lengua y puntualizar lo que se conservaba en los añosos papeles tuvieron parte muy activa los cuatro viejos sabios y los colegiales más entendidos cuyos nombres consigna fray Bernardino. Tiempo es ya de describir las características más sobresalientes del manuscrito que de esta suerte se redactó.

ESTRUCTURA Y CONTENIDO DEL MANUSCRITO

No voy a ocuparme ahora de las características físicas ni del tipo de letra empleado en el manuscrito ni de otras particularidades del mismo. De ello traté en la introducción que antecede a la reproducción facsimilar del texto de los *Colloquios*. Allí, tras recordar las referencias que hicieron a este texto varios cronistas y bibliógrafos desde el siglo XVI, recordé asimismo cómo este libro que se daba por perdido, fue recobrado al menos en parte.

Mi propósito en el presente apartado es describir la estructura y el contenido de lo que fue, en su integridad, esta obra. Es el propio fray

²³ *Libro de los Colloquios*, manuscrito original, f. 27v.

Bernardino quien, como puede verse en la presente edición, ofrece, al dirigirse “al prudente lector”, una descripción sumaria de lo que se había propuesto hacer y de lo que de hecho llevó a término. De primera intención pensó que la obra —concebida, como lo comprobaremos, para ser publicada— debía abarcar cuatro libros. He aquí sus palabras:

El primero tiene treinta capítulos que contienen todas las pláticas y confabulaciones y sermones que hubo entre los doce religiosos y los principales y señores y sátrapas de los ídolos [...].

El segundo libro trata del catecismo y doctrina cristiana con que todos los adultos que se quieren bautizar, han de ser primeramente instruidos.

El tercer libro había de ser del suceso que tuvo esta conversión en las manos de estos doce padres y de los que vinieron en espacio de seis años, entre los cuales yo vine, y supe de los primeros todo lo que había pasado desde el principio hasta que yo vine; y me hallé en todo lo que pasó hasta este año de 1564 [...].

El cuarto libro de este volumen había de ser una declaración o postilla de todas las epístolas y evangelios de las dominicas de todo el año —que es la predicación que hasta ahora se ha usado— muy apropiada en lengua y materia a la capacidad de los indios [...].²⁴

Fray Bernardino indica también por qué alteró luego dicho plan, suprimiendo o dejando aparte los proyectados libros tercero y cuarto. Respecto del tercero, que sería una historia de la evangelización, dice que ya de eso escribió “uno de los doce primeros que se llamaba fray Toribio de Motolinía, y la dejó yo de escribir”. Por lo que toca al proyectado cuarto libro —la declaración de epístolas y evangelios de las dominicas del año— pensó que era mejor prepararlo como obra aparte “porque éste (el *Libro de los Colloquios*) no sea muy grande”.²⁵

Fijándonos ya en los dos primeros libros, antes que nada importa notar que Sahagún mismo proporciona “la suma” de los capítulos de ambos. El primero constó de treinta capítulos y el segundo de veintiuno. Este *Libro de los Colloquios*, del que por muchos años se perdió toda noticia acerca de su paradero, al ser redescubierto por el franciscano Pascual Saura en la década de los años veinte del siglo XX, en el Archivo Secreto Vaticano (armario I, volumen 91, *Códice misceláneo*, del folio 26r

²⁴ *Loc. cit.*

²⁵ *Ibid.*, f. 28r.

al 41v), apareció considerablemente trunco.²⁶ El examen del manuscrito muestra que del texto o versión resumida en español se conservan el “prólogo”, los párrafos “al prudente lector”, con los sumarios y títulos de los capítulos de los dos libros originales, y tan sólo los primeros trece capítulos del primer libro. En lo que toca al texto en náhuatl se incluyen (también de sólo el primer libro) los catorce capítulos iniciales.

Todo lo demás, es decir hasta llegar al capítulo treinta del primer libro y, por completo, el segundo faltan. Su paradero, por desgracia, se desconoce.

Obviamente la pérdida más lamentable —al menos desde el punto de vista de quienes nos interesamos por conocer todos los aspectos de esta confrontación de ideas— es la de los capítulos faltantes del libro primero. El segundo, meramente doctrinal, si se atiende a la enunciación de sus capítulos, parece que guardó bastante semejanza, según ya se dijo, con otras doctrinas cristianas que hasta hoy se conservan. De modo especial puede también mencionarse la *Doctrina Christiana* de fray Pedro de Córdoba, obra, en cuya edición, publicada en México por Juan Cromberger en 1544, participaron fray Juan de Zumárraga y fray Domingo de Betanzos. Cabe también recordar, por lo que toca a algunos de sus capítulos, la *Doctrina Christiana en lengua española y mexicana*, por los religiosos de la orden de Santo Domingo, impresa en México, en casa de Juan Pablos, en 1548.

Si se concentra la atención en los enunciados del libro primero, se verá que los capítulos de máximo interés, porque en ellos se incluyen las discusiones, son los siguientes:

- a. Capítulos 1-5, exposiciones iniciales de los frailes acerca de su venida, quién es el romano pontífice, qué es la Sagrada Escritura, cómo hay un solo Dios y en la tierra un reino que se llama “reino de los cielos” gobernado por el Papa, su representante en la Iglesia.
- b. Capítulos 6-7, respuesta de los indígenas principales y luego argumentación de quienes eran sacerdotes y tlamatinime, sabios, desde mucho antes de la Conquista.
- c. Capítulos 8-12, argumentaciones de los frailes; hay un solo Dios; los ángeles caídos —es decir los demonios— son precisamente

²⁶ José María Pou Martí, O.F.M., “El libro perdido de las pláticas o Colloquios de los doce primeros misioneros de México”, *Estratto dalla Miscellanea Fr. Ehrle III*, Roma, Tipografía del Senato, del Dottore G. Bardi, 1924, p. 282.

los dioses que se han adorado por tanto tiempo en México. Se nombran y describen estos dioses insistiendo, una y otra vez, en que no son sino los demonios conocidos ya por los cristianos.

- d. Capítulos 13-14, nuevas explicaciones acerca de la creación hasta llegar al diluvio y la confusión de las lenguas donde vuelve a hacerse referencia insistente al Demonio.

De los capítulos faltantes, los títulos de los que corresponden al 15, 16, 17, 20, 21, 29 Y 30 dan indicio de que su contenido tocaba de modo directo al asunto de las confrontaciones de creencias. Cito, a modo de ejemplo, el título del perdido capítulo 16, “De la altercación que hubo entre los principales y los sátrapas de los ídolos, tomada ocasión de lo que se dijo en el capítulo precedente: conviene a saber que sus dioses no fueron poderosos para los librar de manos de los españoles”. Por lo demás, corresponde al “prudente lector” que tenía en mente Sahagún, enterarse en el texto mismo de la temática correspondiente a cada uno de los capítulos, puesto que fray Bernardino la describe en sus sumarios de los libros primero y segundo.

Mencioné antes que Sahagún había planeado la publicación de este *Libro de los Colloquios*. Ello se confirma acudiendo a las páginas preliminares (licencia y censura) de la única obra suya que vio impresa, la *Psalmodia Christiana*, publicada en México en 1583.²⁷ En dos lugares se asienta allí que, al igual que se concede licencia para imprimir la *Psalmodia* (con himnos para ser entonados en las fiestas cristianas) lo mismo se autoriza respecto de los *Colloquios y doctrina cristiana*.²⁸ El propósito de imprimir también esta obra explica probablemente lo bien dispuesto, claro y limpio del texto manuscrito que se conserva, otra excelente muestra de las dotes de algunos de los copistas que trabajaron para fray Bernardino.

Tales fueron la estructura y el contenido que tuvo esta obra. Obviamente mucho más podría decirse en particular acerca de las ideas y expresiones que aparecen en boca de los sabios y sacerdotes nativos, incluso de los vocablos de que se valen, todos ellos por cierto de auténtico cuño prehispánico. Algo semejante vale también sobre la forma como los frailes aparecen allí vertiendo al náhuatl los conceptos de la doctrina cristiana. En este último aspecto es de suponerse que Sahagún —con la experiencia de sus muchos años como misionero y nahuatlato—

²⁷ Fray Bernardino de Sahagún, *Psalmodia Christiana y Sermonario de los Sanctos del año en lengua mexicana*, México, Pedro Ocharte, 1583, ver. páginas preliminares.

²⁸ *Loc. cit.*

introdujera una terminología que sólo con el paso del tiempo se fue haciendo de uso más frecuente y, por consiguiente, mucho más adecuada para los propósitos evangelizadores que la que posiblemente emplearon quienes en su momento actuaron como intérpretes de los doce primeros frailes. De todo esto, sin embargo, no trataré aquí ya que me he ocupado de ello en las páginas que preceden a la versión paleográfica del texto náhuatl y en las notas a la misma y a la traducción al castellano publicado en 1986.

¿ES ÉSTE UN TESTIMONIO FIDEDIGNO DE LA CONFRONTACIÓN
ORIGINAL O UNA “REINVENCIÓN” FORJADA POR SAHAGÚN?

Varias veces se ha planteado ya esta pregunta y diferentes han sido las respuestas que ha recibido. El primero en sacar a luz el texto en castellano y una reproducción fotográfica, reducida, de la parte en náhuatl, el padre José Pou y Martí, O. F. M., expresó un juicio más bien negativo:

El objeto de la edición del fragmento de esta obra [...] es enriquecer la literatura mexicana con un libro de uno de los principales misioneros y escritores de aquel imperio, en el cual se describe la conversión de los jefes y sacerdotes del mismo. No hay que buscar en él importantes noticias históricas que no se sepan ya por otros escritores del siglo XVI, ni siquiera estamos seguros de que no haya ampliado su autor las pláticas de los doce primeros misioneros que, como él dice, encontró escritas “en papeles y memorias” sin orden [...].²⁹

En cambio, la distinguida mexicanista Zelia Nuttall, que dio a conocer esta obra en México en 1927, se inclinó por asignar plena historicidad a este libro e incluso manifestó que la pérdida de los capítulos faltantes podía explicarse como debida a las autoridades reales que pudieron ver en ellos “disertaciones sobre la religión antigua, hechas por los mismos sacerdotes indios”.³⁰

El siguiente en fijarse en los *Colloquios* —primer paleógrafo del texto en náhuatl y traductor del mismo al alemán— el estudioso Walter

²⁹ Pou y Martí, *op. cit.*, p. 295 (y 19 de la separata o sobretiro).

³⁰ Zelia Nuttall, “Prólogo” al “Libro perdido de las pláticas de los doce [...]”, *Revista Mexicana de Estudios Históricos*, t. I, n. 4, México, 1927, p. 102-105 (del Apéndice Documental).

Lehmann, cuya edición póstuma apareció en 1949, se pronunció también por la historicidad de los mismos. A su parecer:

No se exagera cuando se califica a este texto de extraordinario. En él se reflejan los intercambios en los que se confrontaron la fe y el pensamiento europeos con el antiguo universo de los mexicanos, ¡cuyos Dioses han muerto!, como lo expresa el mismo texto [...].³¹

Congruente con tal punto de vista es el título que el mismo Lehmann dio a su edición: *Sterbende Götter und christliche Heilsbotschaft, Wechselreden indianischer Vornehmer und spanischer Glaubensapostel in Mexiko, 1524* (Dioses que mueren y mensaje cristiano de salvación, diálogos de indígenas principales y apóstoles españoles de la fe, México, 1524).

Distinta fue la postura asumida (1954) por quien se distinguió como eminente maestro, el padre Ángel Ma. Garibay K. Consideró él, como ya antes lo había manifestado el padre Pou y Martí, que el *Libro de los Colloquios* era una aportación que extrañamente califica de “carácter tendencioso”. A su parecer es ésta una obra de fines “edificantes”, es decir concebida para mostrar idealmente cómo los primeros frailes convencieron a los indígenas de sus errores y al fin los atraieron al cristianismo. Admite que existió una base histórica. Ésta consistió en que:

Los frailes conversaron con algunos principales, con algunos sacerdotes, no en la estruendosa forma en que se pretende, casi teatral [...]. De este núcleo sacan, de este fundamento construyen los indios redactores [colaboradores de Sahagún] su libro en náhuatl. La obra es literatura mucho más que historia [...].³²

Por mi parte, cuando por vez primera ofrecí en *La filosofía náhuatl, estudiada en sus fuentes* (1956) una versión castellana de la parte central del capítulo VII y de algunos fragmentos del VI, me incliné por la tesis de Walter Lehmann y Zelia Nuttall en el sentido de una historicidad como atributo de este texto.³³ Admití, y lo sigo haciendo, que hubo revisión de los antiguos “papeles y memorias” y que se complementó y pulió lo que

³¹ Walter Lehmann, *Sterbende Götter und christliche Heilsbotschaft. Wechselreden indianischer Vornehmer und spanischer Glaubensapostel in Mexiko 1524*, Spanischer und Mexikanischer Text mit deutschen Übersetzung, Stuttgart, 1949, p. II.

³² Garibay, *op.cit.*, t. 2, p. 241.

³³ Miguel León-Portilla, *La filosofía náhuatl, estudiada en sus fuentes*, prólogo de Ángel María Garibay K., 1a. ed., Instituto Indigenista Interamericano, 1956, ver sobre todo p. 137-144.

allí se conservaba pero, dando crédito a Sahagún y a cronistas como fray Gerónimo de Mendieta, no me parecieron suficientes los argumentos de mi maestro, el padre Garibay, para dudar de la veracidad sustancial de este testimonio.

Más recientemente Jorge Klor de Alva, a quien considero perspicaz discípulo, ha vuelto a replantearse la misma cuestión en un artículo intitulado “Historicidad de los Coloquios de Sahagún”, publicado en el volumen XV de *Estudios de Cultura Náhuatl*, 1982.³⁴ Después de examinar los puntos de vista antes expresados sobre esta materia (y que son los que aquí he citado ya), formula cautelosamente su propio parecer. Reconoce que hubo una base documental, “los papeles y memorias” que Sahagún afirma haber encontrado. Piensa además que es necesario admitir que, a partir de la llegada de los primeros franciscanos, ocurrieron inevitablemente diversas maneras de confrontaciones sobre asuntos de interés religioso. Más aun externa la opinión de que, así como es de aceptarse la existencia de esas pláticas o coloquios iniciales con el auxilio de intérpretes, también hay base para afirmar que a lo largo de los años y décadas siguientes —en el contexto del proceso de evangelización— ocurrieran por lo menos otros intentos de discusión. En algunos de ellos —añade Klor de Alva— es muy probable que el mismo Sahagún participara. De esta suerte —auxiliado por los cuatro viejos sabios y sus estudiantes trilingües y de hábil ingenio— tuvo él amplia base de experiencia y testimonios para llevar a cabo una reelaboración, en cierto modo arquetípica, de los que se presentan como coloquios, los más antiguos, entre los doce frailes y los sabios nativos. Y, entre los propósitos que pudo tener fray Bernardino al disponer su trabajo para ser impreso, es verosímil que ocupara lugar preferente el de: “presentar el catecismo y doctrina cristiana sobre una base histórica. El perfil de esa base histórica se puede ver debajo del traje doctrinal en que se reviste”.³⁵

De hecho, como ya lo hemos comprobado al atender a los sumarios de los dos libros originales en que distribuyó Sahagún los *Colloquios*, muchos capítulos del primero y casi todos los del segundo no son otra cosa que una bien formulada exposición del mensaje cristiano, hecha al modo de las clásicas doctrinas del siglo XVI.

³⁴ Desde luego era pertinente replantearse, con una perspectiva más amplia, si el *Libro de los Colloquios* constituía o no un testimonio histórico. J. Jorge Klor de Alva lo ha hecho, tomando en cuenta una más amplia documentación y elementos de carácter comparativo: “Historicidad de los *Coloquios* de Sahagún”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1982, t. XV, p. 147-184.

³⁵ Klor de Alva, *op. cit.*, p. 158.

Considero, por mi parte, que contra lo que algunos han expresado a veces, en el sentido de que los indígenas de Mesoamérica pronto se sometieron no sólo al poder militar y político de los conquistadores y de las autoridades reales, sino también al de los religiosos y la Iglesia, existen testimonios, a veces olvidados, que muestran que hubo también posturas de crítica y rechazo de las creencias y prácticas que se les quería imponer. Remito a los interesados al artículo que escribí precisamente sobre este tema, “Testimonios nahuas sobre la conquista espiritual”.³⁶ Basta recordar aquí algunos de los testimonios reunidos con base en expedientes del Santo Oficio de la Inquisición en la obra *Procesos de indios idólatras y hechiceros*.³⁷ Y también en varias crónicas del mismo XVI se recogen expresiones que denotan que no todo fue de fácil aceptación. Así, por ejemplo, varios antiguos señores de Tlaxcala manifestaron que, a sus ojos, el cristianismo implicaba precisamente negar cuanto puede dar placer y alegría al hombre en la tierra. Y, refiriéndose de modo particular a los frailes, dijeron:

Estos pobres deben de ser o están locos, dejadlos vocear, a los miserables. Tomádoles ha su mal de locura; dejadles estar, que pasen su enfermedad como pudieren. No les hagáis mal, que al cabo éstos y los demás han de morir de esta enfermedad de locura. Y mirad, si habéis notado, cómo a medio día, a media noche y al cuarto del alba, cuando todos se regocijan, éstos dan voces y lloran. Sin duda es mal grande el que deben de tener porque son hombres sin sentido, pues no buscan placer ni contento sino tristeza y soledad.³⁸

Críticas como ésta —no exenta de punzante ironía— aparecen de vez en cuando en crónicas y textos indígenas. Por ello no fue necesario que Sahagún o sus colaboradores se valieran de una especie de ficción literaria para poner en labios de los sabios y sacerdotes mexicas la exposición que aparecen haciendo en los *Colloquios*, describiendo y defendiendo sus antiguas creencias y formas de proceder. Tanto en los

³⁶ Véase Miguel León-Portilla, “Testimonios nahuas sobre la conquista espiritual”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1974, t. XIV, p. 11-36.

³⁷ Véase *Procesos de indios idólatras y hechiceros*, nota preliminar de Luis González Obregón, México, Archivo General de la Nación, 1912 (Publicaciones del Archivo General de la Nación, III).

³⁸ Diego Muñoz Camargo, *Historia de Tlaxcala*, publicada y anotada por Alfredo Chavero, México, Secretaría de Fomento, 1892, p. 165.

“papeles y memorias” citados por fray Bernardino, como a lo largo de su actuar como misionero, fácilmente pudo haber encontrado argumentaciones como las que incluyó, o mejor quizás transcribió, al ponerlas en limpio y en lengua “bien congrua y limada”. De este modo, no ya sólo la amplia participación que tienen en los *Colloquios* los doce primeros franciscanos corresponde a sus formas de enseñanza y doctrina, sino que también lo afirmado por los *tlamatinime*, sabios y sacerdotes de la religión prehispánica, constituye estructurado rescate de lo que en diversas circunstancias manifestaron, como informantes o haciendo defensa de su pensamiento.

Tan es verdad que, sobre todo el contenido de los capítulos sexto y séptimo, constituyó una concisa y clara exposición de lo más sobresaliente del antiguo pensamiento religioso y moral que —como ya vimos que lo llegó a suponer Zelia Nuttall— el hecho de que el *Libro de los Colloquios* no llegara a publicarse, puede haberse debido:

[...] al plan de acción adoptado por las autoridades eclesiásticas, cuando la Inquisición fue establecida en México por el obispo Moya de Contreras.

Les pareció peligroso perpetuar la memoria de las prácticas idólatras que el Santo Oficio se empeñaba en desarraigar [...].

Es lógico que [a pesar de las licencias que originalmente se habían concedido] los inquisidores se opusieron y permitieron solamente que la *Psalmodia* se publicara [la otra obra de Sahagún aprobada, según ya vimos, junto con los *Colloquios*] y mandaron a España los *Colloquios* porque contenían disertaciones sobre su religión antigua, hechas por los mismos sacerdotes indios.³⁹

Cosa probable es que justamente la percepción de que en tal manuscrito hubiera auténticas disertaciones de los sacerdotes indígenas, fuera lo que impidió su publicación, a diferencia de la *Psalmodia christiana*, en la que los himnos incluidos en náhuatl no despertaron sospecha alguna.

A modo de conclusión sobre el tema de la historicidad de este texto cabe decir, en primer lugar, que es obvio que hubo reelaboración y —como lo expresó Klor de Alva— el rescate se hizo probablemente para anteponer “una base histórica” a la introducción de las enseñanzas de la doctrina cristiana entre los indígenas. Ello, sin embargo, no invalida que el meollo de lo que en los coloquios expresan frailes y sabios nativos corresponda a lo que en varias circunstancias ocurrió en la realidad. Y además —si también aquí damos crédito a Sahagún, y no veo por qué no debemos dárselo— su afirmación, en el sentido de que

³⁹ Nuttall, *op. cit.*, p. 103.

lo pulido y ajustado por él correspondía a lo que ocurrió en 1524, acaba de certificarnos que fundamentalmente nos hallamos no ante una ficción literaria sino frente a la recordación de un suceso histórico.

En plena coherencia con las circunstancias de lo que debió ser el contacto entre los frailes y los mexicas, las secciones o capítulos iniciales de los *Colloquios* incluyen varias formas de expresión. En ellas los franciscanos explican en primer lugar por qué han llegado a México; indican en una segunda alocución quién es el Sumo Pontífice que los ha enviado; tratan luego de la existencia de una *teutlahtolli*, “palabra divina”, incluida en un *teoamoxtli*, “libro divino” (las Sagradas Escrituras), base y punto de partida de su enseñanza. Pasan luego en sus disertaciones cuarta y quinta a presentar dos temas fundamentales que se derivan del libro divino y constituyen el meollo de la misión que, como maestros, han recibido del Sumo Pontífice: quién es el único Dios y cómo es que existe un reino de los cielos, gobernado por ese Dios cuyo representante en la tierra es precisamente el ya mencionado Sumo Pontífice.

Como podría esperarse, lo que habían contemplado con sus propios ojos los franciscanos, en los ya semiderruidos templos indígenas, y lo que habían escuchado desde su llegada acerca de la multitud de ídolos y sacrificios sangrientos, los lleva a externar su preocupación y su rechazo frente a las creencias nativas. Plantean incluso preguntas que constituyen un desafío para los señores mexicas que los escuchan. Tras evocar algunos de los nombres de los dioses de Anáhuac (Tezcatlipoca, Huitzilopochtli, Tláloc...), hacen los franciscanos cuestionamientos como éste:

Si fueran dioses verdaderos,
si de verdad fueran el Dador de la vida,
¿por qué mucho se burlan de la gente?
¿por qué de ella hacen mofa?
¿por qué no tienen compasión
de los que son hechuras suyas?

[...] de día en día,
demandan sangre, corazones.
Por esto son muy temibles a la gente.
Mucho provocan el miedo
sus imágenes; sus hechicerías,
son muy negras, muy sucias,
muy asquerosas [...].⁴⁰

⁴⁰ *Libro de los Colloquios*, manuscrito original, f. 33v.



Congruente con lo que debió ser la reacción de los mexicas al escuchar ante todo la relación acerca de los motivos de la venida de los frailes y luego sus prédicas y condenación de las creencias nativas, el texto de los *Colloquios* recoge en sus capítulos sexto y séptimo las respuestas, primero de los señores y antiguos gobernantes y luego de los sabios y sacerdotes. Palabras de gran dramatismo son las que expresan. A no dudarlo, en la reelaboración y pulimiento que de ellas hicieron Sahagún y sus colaboradores, se decanta, por así decirlo, una precisa exposición de la antigua *Teo-matiliztli*, “sabiduría de lo divino”. Y aunque como ya lo dijimos, hubo reelaboración de lo que había sido el testimonio dejado en “papeles y memorias”, lo que manifiestan los indígenas en el texto de los *Colloquios* corresponde plenamente a lo que, gracias al estudio de códices, textos en náhuatl y otras fuentes, hoy podemos conocer sobre su religión y visión del mundo.